

Nathan Filer
La luna no está

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Alianza Editorial

Título original: *The Shock of the Fall*

A Emily

Primera edición: 2014
Primera reimpresión: 2014

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Nathan Filer, 2013
© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-8379-9
Depósito legal: M. 35.439-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

la niña y su muñeca

Tengo que decir que no soy buena gente. A veces lo intento, pero en general no lo soy. Por eso, cuando me tocó taparme los ojos y contar hasta cien, hice trampa.

Estaba donde tenía que quedarse el que se la ligaba, al lado de los contenedores de basura, cerca de la tienda donde vendían barbacoas de usar y tirar y clavijas de repuesto para las tiendas de campaña. Y cerca también de una zona donde la hierba está muy alta, escondido detrás de un grifo.

Pero no recuerdo que estuviera allí. En realidad no lo recuerdo. Uno no siempre se acuerda de esos detalles, ¿o sí? Uno no se acuerda de si estaba al lado de los contenedores o un poco más arriba, cerca de las casetas de las duchas, y si de verdad es ahí donde está el grifo.

No oigo ahora los graznidos frenéticos de las gaviotas, ni noto el sabor del aire salado. No siento el calor del sol de la tarde, ni el sudor en la rodilla por debajo de la venda blanca y limpia que me habían puesto, ni el picor del protector solar en los arañazos y en las costras. No consigo revivir la vaga sensación de que me habían abandonado. Y tampoco, por la cuenta que me trae, recuerdo que decidiese hacer trampa y abrir los ojos.

Parecía de mi edad. Era pelirroja y tenía la cara llena de pecas. Llevaba un vestido de color crema, con el dobladillo manchado después de arrodillarse en la tierra, y una muñeca de trapo apretada contra el pecho: una muñeca con la cara rosa y sucia, el pelo de lana marrón y dos botones negros y brillantes a modo de ojos.

Lo primero que hizo fue dejar la muñeca a su lado, acostarla con mucho cuidado en la hierba crecida. Parecía muy cómoda, la muñeca, con los brazos a lo largo de los costados y la cabeza un poco incorporada. Al menos a mí me pareció que estaba muy cómoda.

Estaba muy cerca de la niña, y oí el ruido que hacía al arañar la tierra, cuando empezó a hacer un hoyo con un palo. Ella no me vio, ni siquiera cuando lanzó el palo, que aterrizó rozándome los dedos de los pies, porque los llevaba al aire, con esas absurdas chanclas de goma. Yo prefería ponerme las deportivas, pero mi madre es así. ¡Las deportivas, un día tan bueno! ¡Ni hablar! Así es ella.

Una avispa revoloteaba alrededor de mi cabeza, y normalmente eso habría bastado para que me pusiera a dar saltos y manotazos, pero esta vez no me lo permití. Me quedé muy quieto, porque no quería molestar a la niña, no quería que me viese. Siguió cavando con los dedos y sacando la tierra seca con las manos, hasta que terminó de hacer el hoyo. Entonces se limpió las manos lo mejor que pudo, cogió su muñeca y le dio dos besos.

Esto es lo que mejor recuerdo: los dos besos. Uno en la frente y otro en la mejilla.

Se me ha olvidado decir que la muñeca llevaba un abrigo. Era amarillo, con una hebilla de plástico negra. Es un detalle importante, porque lo siguiente que hizo la niña fue desabrochar la he-

billa y quitarle el abrigo. Lo hizo muy deprisa y se guardó el abrigo debajo del vestido.

A veces, como ahora, cuando me acuerdo de esos dos besos, casi me parece que llego a sentirlos.

Uno en la frente.

Otro en la mejilla.

Lo que ocurrió después no lo recuerdo con tanta claridad, porque se ha confundido con otros muchos recuerdos, y lo he repasado tantas veces, de tantas maneras distintas, que ya no soy capaz de distinguir lo real de lo imaginado, ni siquiera estoy seguro de que haya alguna diferencia. Por eso no sé exactamente cuándo empezó a llorar o si ya estaba llorando. Y tampoco sé si dudó antes de arrojar el último puñado de tierra. Lo que sí sé es que cuando terminó de enterrar a la muñeca y de aplastar la tierra con las manos, estaba inclinada, estrechando el abrigo amarillo de la muñeca contra su pecho y llorando.

Cuando tienes nueve años, no es fácil consolar a una niña. Menos aún si no la conoces o no sabes qué le pasa.

Lo intenté como pude.

Pensé pasarle un brazo por encima de los hombros, como hacía mi padre con mi madre cuando salíamos a dar un paseo, y di el primer paso, pero dudé un momento y no fui capaz ni de arrodillarme a su lado ni de quedarme de pie. Hice un movimiento torpe, a medio camino entre las dos cosas, y perdí el equilibrio. Me caí a cámara lenta, y la primera noticia que la niña tuvo de mí fue que aterricé encima de ella y le aplasté un poco la cara contra la tumba recién cavada. Sigo sin saber qué tendría que haber dicho para consolarla, aunque lo he pensado mucho. Al verme en el suelo, con la punta de la nariz casi rozando la suya, dije:

—Soy Matthew. ¿Cómo te llamas?

Tardó un rato en contestar. Ladeó la cabeza para verme mejor y, al moverse, un mechón de su pelo largo se me metió en la boca, me rozó la lengua y volvió a salir muy deprisa.

—Soy Annabelle.

La niña pelirroja y con cientos de pecas se llamaba Annabelle. Intenta acordarte de eso. Aférrate a eso con independencia de todo lo demás que pueda ocurrir en la vida, entre todas las cosas que prefieres olvidar. Guárdalo a buen recaudo en alguna parte.

Me levanté. La venda que llevaba en la rodilla se había manchado de tierra. Le dije que estábamos jugando al escondite y que podía jugar si quería. Pero me interrumpió. Me habló muy tranquila, sin enfadarse ni alterarse. Y esto fue lo que dijo:

—No eres bienvenido aquí, Matthew.

—¿Qué?

No me miró. Se apoyó en la tierra con las rodillas, se quedó mirando el pequeño montón de tierra removida y volvió a aplastarlo hasta que quedó perfecto.

—Este camping es de mi padre. Vivo aquí y no eres bienvenido. Vete a tu casa.

—Pero...

—¡Piérdete!

Al momento se había incorporado y estaba por encima de mí sacando pecho, como un animal que intenta parecer más grande de lo que es.

—Piérdete —repitió—. No eres bienvenido.

Una gaviota lanzó una risotada burlona.

—Lo has estropeado todo —gritó Annabelle.

Era demasiado tarde para explicarme. Cuando volví al cami-

no, vi que había vuelto a arrodillarse y se cubría la cara con el abrigo amarillo de la muñeca.

Los demás niños estaban gritando, llamándome para que los encontrara. Pero no fui a buscarlos. Pasé por delante de las casetas de las duchas, por delante de la tienda, atajé por el parque y corrí con todas mis fuerzas, sintiendo el golpeteo de las chanclas en el asfalto caliente. No me permití parar, ni siquiera me permití aflojar el paso hasta que estuve cerca de nuestra caravana y vi a mi madre en la hamaca. Llevaba puesto su sombrero de paja y estaba mirando el mar. Me sonrió y me saludó con la mano, pero yo sabía que seguía enfadada conmigo. Habíamos tenido un percance unos días antes. Es absurdo, porque yo fui el único perjudicado y las heridas ya casi se me habían curado, pero a mis padres a veces les cuesta pasar por alto las cosas.

A mamá sobre todo. Es rencorosa.

Creo que yo también lo soy.

Te contaré lo que pasó, porque será un buen modo de presentar a mi hermano. Se llama Simon. Creo que te caerá bien. A mí me cae muy bien. Pero en pocas páginas habrá muerto. Y después nada volverá a ser igual.

Cuando llegamos al camping de Ocean Cove, aburridos del viaje y con muchas ganas de explorar los alrededores, nos dijeron que podíamos ir a donde quisiéramos dentro del recinto, pero nos prohibieron ir solos a la playa, porque el camino es muy empinado y está lleno de agujeros. Además, para llegar al camino, hay que recorrer un trecho de la carretera principal. Nuestros padres eran de los que se preocupan por esas cosas: por los caminos y las carreteras. Yo decidí ir a la playa de todos modos. Muchas veces hacía cosas prohibidas, y mi hermano me seguía. Si no hubiera decidido llamar a esta parte de mi historia **la niña y su mu-**

ñeca, podría haberla llamado **el golpe de la caída y la sangre en la rodilla**, porque eso también fue importante.

Me caí y me hice sangre en la rodilla. Nunca he sido capaz de soportar el dolor. Es algo que odio de mí. Soy un llorica. Cuando Simon me alcanzó, en un recodo del camino donde las raíces que asomaban de la tierra se enredaban en los tobillos incautos, me encontré llorando como un niño de teta.

Se asustó tanto que casi fue divertido. Simon tenía una cara grande y redonda, siempre sonriente, que me recordaba la luna. Pero en ese momento estaba preocupado que te cagas.

¿Qué hizo Simon? Me cogió en brazos y me llevó paso a paso por el camino del acantilado y casi otro medio kilómetro hasta la caravana. Hizo eso por mí.

Creo que un par de adultos quisieron ayudarnos, pero lo que interesa saber de Simon es que era un poco distinto de todo el mundo. Iba a un colegio especial donde le enseñaban cosas básicas, como no hablar con desconocidos; por eso, cuando se sentía inseguro o le entraba el pánico, echaba mano de esas lecciones. Así funcionaba Simon.

Me llevó en brazos, a pesar de que no era fuerte. Ése era uno de los síntomas de su enfermedad: la debilidad muscular. Tiene un nombre del que ahora no me acuerdo, pero lo buscaré si tengo ocasión. Eso significaba que el paseo conmigo en brazos casi mata a mi hermano. Cuando volvimos a la caravana, se pasó el resto del día en la cama.

Éstas son las tres cosas que mejor recuerdo de cuando Simon me llevó en brazos:

1/ Que mi barbilla chocaba contra su hombro mientras andaba. Me preocupó hacerle daño, pero estaba demasiado absorto en mi propio dolor para decir nada.

2/ Que le besé el hombro para curárselo, como haces cuando eres pequeño y crees que eso funciona de verdad. Creo que no se dio cuenta, porque la barbilla no dejaba de chocar a cada paso, y, cada vez que lo besaba, en lugar de la barbilla le clavaba los dientes, así que probablemente le hacía más daño.

3/ Chsss, chsss. No te preocupes. Eso dijo cuando me dejó delante de la caravana y entró corriendo a avisar a mamá. No sé si he sido suficientemente claro: Simon no era fuerte. Llevarme así fue el mayor esfuerzo que había hecho en su vida, y sin embargo intentó consolarme. Chsss, chsss. No te preocupes. ¡Parecía tan mayor, tan cariñoso y tan seguro! Por primera vez en la vida sentí de verdad que tenía un hermano mayor. En los pocos segundos que tardó mamá en salir, mientras me acunaba la rodilla y me miraba la herida sucia y manchada de tierra, convencido de que veía el hueso, durante esos pocos segundos, me sentí completamente a salvo.



Mamá me lavó la herida, me la vendó y después me gritó por haber puesto a Simon en una situación tan peligrosa. Papá también me gritó. Hubo un momento en que los dos me gritaron a la vez y no sabía muy bien a quién mirar. Así fue. Aunque mi hermano era tres años mayor, yo siempre era el responsable de todo. A veces le guardaba rencor por eso. Pero esta vez no. Esta vez era mi héroe.

Bueno, ésta es mi historia para presentar a Simon. Y también es la razón por la que mamá seguía enfadada conmigo cuando llegué, sin aliento, a nuestra caravana, tratando de explicarme lo que acababa de ocurrir con la niña y su muñeca de trapo.

—Estás pálido, cielo.

Siempre dice que estoy pálido, mi madre. Últimamente lo dice a todas horas. No recuerdo si en ese momento también lo dijo. Se me ha olvidado por completo que siempre me decía que estaba pálido.

—Siento mucho lo del otro día, mamá. —Lo sentía de verdad. Le había dado muchas vueltas a cómo tuvo que llevarme Simon y a lo asustado que estaba.

—No pasa nada, cielo. Estamos de vacaciones. Pásalo bien. Tu padre ha bajado a la playa con Simon. Se han llevado la cometa. ¿Vamos con ellos?

—Creo que prefiero quedarme aquí. Hace mucho calor. Voy a ver la tele.

—¿Un día tan bonito como hoy? ¡Ay, Matthew! ¿Qué vamos a hacer contigo?

Lo dijo con cariño, como si en realidad no hubiese ninguna necesidad de hacer nada conmigo. A veces era así de buena. Definitivamente era capaz de ser así de buena.

—No lo sé, mamá. Siento lo del otro día. Lo siento mucho.

—Ya está olvidado, cielo.
—¿Lo prometes?
—Lo prometo. Anda, vamos a volar la cometa.
—No me apetece.
—No vas a ver la tele, Matt.
—Estoy en mitad de un juego de escondite.
—¿Te estás escondiendo?
—No. Me la ligo yo. Tendría que estar buscándolos.

Pero los demás se habían hartado de esperar que los encontrase y se habían dividido en grupos más pequeños para jugar a otras cosas. Yo no tenía ganas de jugar y estuve dando vueltas hasta que volví al sitio donde había visto a la niña. La niña ya no estaba. Sólo quedaba el montón de tierra, decorado con un ramo de margaritas y botones de oro, y dos palos en forma de cruz para marcar la tumba.

Me dio mucha pena. Todavía me da pena cuando me acuerdo. De todos modos, tengo que irme. Jeanette, la del grupo de arte, me está haciendo esos gestos de pájaro nervioso: está revoloteando al final del pasillo para llamar mi atención.

El papel maché no se hace solo.

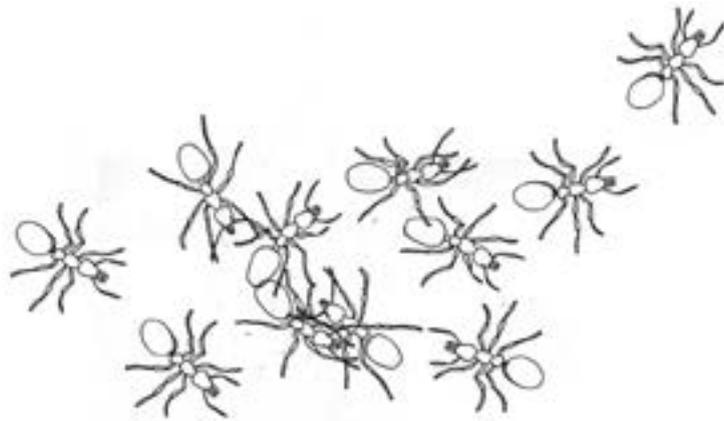
Tengo que irme.

retratos de familia

Lo siguiente fue que mamá subió el volumen de la radio para que no la oyese llorar.

Era una tontería. La oía de todos modos. Estaba sentado en el asiento de atrás y ella lloraba con mucha fuerza. Mi padre hacía lo mismo. Lloraba mientras conducía. Sinceramente, no recuerdo si yo también estaba llorando, aunque creo que es probable. Además, parecía que tenía la obligación de llorar. Me toqué las mejillas y resultó que estaban secas. No estaba llorando.

Eso es lo que significa quedarse de piedra, ¿no? «Me quedé tan petrificado que ni siquiera podía llorar», se oye decir a veces a la gente en la tele. En esos programas del corazón o lo que sea. No era capaz de sentir nada, explican. Estaba completamente petrificado. Y el público asiente con compasión, como si todos hubieran vivido la misma experiencia y conocieran perfectamente la sensación. A mí me pasó lo mismo, pero en ese momento me sentí muy culpable. Escondí la cabeza entre las manos para que si mamá o papá se volvían a mirarme pensarán que estaba llorando con ellos.



No me miraron. No recibí un solo apretón de consuelo en la pierna, ni me tranquilizaron diciendo que no pasaba nada. Nadie me susurró: Chsss, chsss.

Supe que estaba completamente solo.

Fue un descubrimiento muy extraño.

El DJ, en la radio, estaba presentando una canción nueva, con mucho entusiasmo, como si fuera la mejor canción de todos los tiempos y el hecho de presentarla diera sentido a su vida. Para mí nada tenía sentido. No entendía por qué estaba tan contento el DJ cuando acababa de ocurrir una desgracia. Ése fue mi primer pensamiento consciente. Es lo que recuerdo que estaba pensando cuando de pronto tuve la sensación de despertar bruscamente. No soy capaz de describirlo mejor, aunque en realidad no me había quedado dormido.

Los recuerdos se escapaban, como un sueño cuando abrimos los ojos. Se parecía mucho a eso. Sólo conservaba fragmentos: la noche, carreras, la policía en alguna parte.

Y Simon estaba muerto.

Mi hermano estaba muerto.

No era capaz de aceptarlo. No sería capaz de aceptarlo hasta mucho tiempo después.

Todavía sigo sin poder hablar de eso. Tengo la oportunidad de solucionarlo y tengo que hacerlo con mucho cuidado. Desenvolverlo todo poco a poco, para saber cómo volver a envolverlo si me siento desbordado. Y todo el mundo sabe que para desenvolver algo como es debido, lo mejor es seguir los pliegues.

* * *

Mi abuela, la madre de mi madre, a la que llamamos la abuela Noo, lee novelas de Danielle Steel y Catherine Cookson, y cada vez que consigue una nueva, lo primero que hace es leer la última página.

Siempre hace lo mismo.

Fui a pasar unos días con ella. Sólo la primera semana, más o menos. Fue una semana muy triste y puede que también fuese la más solitaria de mi vida. Me parece imposible sentirse más solo, aunque el abuelo y la abuela Noo estaban allí para hacerme compañía.

Seguramente no conoces a mi abuelo. Si lo conocieras sabrías que es un jardinero de primera, sólo que no tiene un jardín. Tiene gracia, si lo piensas. En realidad no tiene ninguna gracia. Tiene alquilada una parcela, no muy lejos de su casa yendo en coche, y allí cultiva verduras y hierbas, como el romero y otras que siempre se me olvidan.

Esa semana pasamos siglos en el huerto. A veces yo lo ayudaba a quitar hierbajos, otras veces me sentaba en el borde de la parcela a jugar al Donkey Kong en mi Game Boy Color, aunque con el volumen apagado. La mayor parte del tiempo la pasaba dando vueltas y levantando las piedras para observar a los insectos. Lo que más me gustaba eran las hormigas. Simon y yo siempre buscábamos hormigueros en el jardín de casa. A Simon le parecían inteligentísimas y le suplicaba a mamá que le dejase tener una granja de hormigas en su habitación. Normalmente se salía con la suya, pero en este caso no lo consiguió.

Mi abuelo me ayudaba a levantar las losas más grandes para buscar los hormigueros. En cuanto levantábamos la piedra, las hormigas se volvían locas: empezaban a escabullirse, transmitiéndose mensajes secretos, y enterraban los diminutos huevos, blancos y amarillos, en un lugar seguro.

En un par de minutos la tierra se quedaba desierta. Como mucho quedaban algunas cochinillas merodeando con torpeza y sin entender a qué venía tanto revuelo. A veces yo metía una ramita en los agujeros, y una docena de hormigas soldado respondía a la ofensiva al instante, dispuesta a dar la vida por la colonia. Y eso que nunca les hacía daño. Sólo quería mirar.

Cuando mi abuelo terminaba de arrancar hierbajos, de recoger la verdura o de plantar, volvíamos a colocar la piedra en su sitio y nos íbamos a casa. No recuerdo que hablásemos nunca. Sé que por fuerza tuvimos que hablar, pero lo que dijimos se me ha escapado por completo, igual que se escapaban las hormigas para refugiarse en el hormiguero.

Mi abuela Noo cocinaba muy bien. Es de esas personas que quiere darte de comer en cuanto entras por la puerta y no deja de alimentarte hasta que te marchas. Incluso te prepara un sándwich de jamón en un segundo para el viaje.

Vivir así es agradable. Creo que las personas que son generosas con la comida son además bondadosas. Pero la semana que pasé con ellos se me hizo muy difícil, porque no tenía ganas de comer. Tenía el estómago revuelto casi siempre, y una o dos veces llegué a vomitar. Para mi abuela también fue difícil, porque cuando no conseguía resolver un problema a través del estómago, con un cuenco de sopa o un poco de pollo asado o una rebanada de bizcocho, se sentía perdida. Una vez la espié: estaba en la cocina, inclinada sobre los platos que yo no había tocado, sollozando.

Lo peor era el momento de acostarse. Yo dormía en el cuarto de invitados, que nunca está del todo a oscuras, porque las cortinas son muy finas y hay una farola pegada a la ventana. Me pasa-

ba siglos despierto todas las noches, envuelto en la penumbra y con ganas de volver a casa, sin saber si algún día podría.

—¿Puedo dormir aquí esta noche, abuela?

Ella no se movía, así que me acercaba despacio y levantaba la colcha. Mi abuela Noo tiene una manta eléctrica, porque se le mete el frío en los huesos. Esa noche no hacía frío y no había encendido la manta. Lo siguiente que recuerdo es que se me escapó un grito, aunque bajito, al clavarme en el pie el enchufe que estaba en el suelo.

—¿Cariño?

—¿Estás despierta, abuela?

—Calla, no despiertes al abuelo.

Levantó la colcha y me acosté a su lado.

—He pisado el enchufe —dije—. Me duele un poco el pie.

Sentía el aliento cálido de mi abuela en el oído y oía los ruidos acompasados de mi abuelo.

—No me acuerdo de nada —dije por fin—. No sé qué pasó. No sé qué hice.

Quería decir al menos eso. No podía pensar en otra cosa y necesitaba contarle desesperadamente, pero no podía. Sentía el aliento de mi abuela en el oído.

—Has pisado el enchufe. ¡Pobrecito mío! Te duele el pie.

Cuando volví a casa estábamos solos mamá, papá y yo. La primera noche nos sentamos en el sofá verde, como hacíamos siempre, porque Simon prefería sentarse en la alfombra con las piernas cruzadas, pegado a la tele.

Ése era nuestro retrato de familia. No es precisamente una escena que pienses que algún día echarás de menos. Puede que ni siquiera te des cuenta de las miles de veces que te has sentado en

el sofá verde entre tu madre y tu padre, con tu hermano mayor en la alfombra, delante de la tele. Puede que ni siquiera te fijaras en eso.

Pero notas que él ya no está. Notas la cantidad de sitios en los que no está y oyes la cantidad de cosas que no dice.

Eso me pasa.

Lo oigo a todas horas.

Mamá encendió la tele cuando estaba a punto de empezar EastEnders. Era una especie de ritual. Hasta lo grabábamos en vídeo cuando no estábamos en casa. Era divertido, porque Simon estaba coladito por Bianca. Nos metíamos con él y le decíamos que Ricky le iba a dar una paliza. Lo decíamos en broma, claro. Él se reía mucho y daba volteretas en la alfombra. Tenía esa risa que se llama contagiosa. Cuando se reía, todo parecía un poco mejor.

No sé si tú verás EastEnders, ni siquiera sé si, aunque lo veas, te acuerdes de un episodio que pusieron hace mucho tiempo. Yo no lo he olvidado. Recuerdo que estaba en el sofá, viendo cómo todas las mentiras y los engaños de Bianca, que se acostaba con el novio de su madre y muchas otras cosas, llegaban por fin a una amarga conclusión. Fue el episodio en que Bianca se marchaba de Walford.

Nos quedamos mucho rato en silencio cuando terminó el capítulo. Ni siquiera nos movimos. Empezaron y terminaron otros programas, hasta bien entrada la noche. Éste era nuestro retrato de familia: los tres en el sofá, mirando el espacio de la alfombra donde siempre se sentaba Simon.